



CLUB DE RITMO

Publicación n.º 12

Granollers, Abril 1947

Nuestro primer aniversario

Con este número, Publicación Club de Ritmo, cumple el primer aniversario de su aparición.

Plácenos, con tal motivo, expresar nuestro más cordial agradecimiento, por haber colaborado de una manera espontánea y sincera, a los señores Alfredo Papo, Luis Araque, N. Suris, Amador Garrell Soto, Enrique Farrés, Juan Jané, etc., que con el mismo afán que nosotros, divulgan la buena música de jazz; asimismo nos cabe felicitar a los músicos locales que han dado su opinión más sincera sobre dicha música, algunos de ellos muy acertadamente.

La mayor parte de los socios vieron en nuestra modesta Publicación el portavoz de su Entidad, y celebraron su aparición como cosa propia. Por algo a ellos va encaminada y para ellos son sus páginas; así como para todo aquél que tenga los mejores deseos de querer colaborar con nosotros, exponiendo sus criterios sobre la música de jazz o bien enderezar el Club de Ritmo por caminos placenteros.

Hemos procurado, además, que la Publicación no cayera en un énfasis intelectual incomprensible, que no se nos podría perdonar. Colaboramos de una manera desinteresada. No nos mueve el fanatismo, sino una verdadera y noble afición a la buena música de jazz.

En el primer aniversario de la aparición de nuestras Publicaciones, esperamos, como hasta la fecha, la misma confianza que nos han dispensado todos los socios, prometiendo, por nuestra parte, no desfallecer y conseguir un verdadero archivo e historial para nuestro Club de Ritmo.

Lo que opinan nuestros MUSICOS...

José Doménech

Presento a Vds. a José Doménech, actualmente como el mejor «batería» que tenemos en nuestra ciudad. Es muy probable que no se le conozca por su nombre, siendo mejor presentarlo con el apodo con que es conocido vulgarmente: «Pepet del jazz».

Antes de nuestra guerra había tres «baterías» que se disputaban la supre-

macía en esta clase de instrumento: Pedro Molins, fanático, que ensayaba incluso en su lugar de trabajo, pero que al final cambió los cacharros del instrumento para convertirse en dueño de un importante establecimiento, lejos de nuestra ciudad. Sábat, de Igualada, que, prestando el servicio militar, dedicó sus horas de ocio a la «batería». En un principio marcaba el ritmo que le venía en gana, pero últimamente quedaba muy bien. Ambos habían actuado en la desaparecida orquesta «Do-mi-sol» y eran los *rivales*

más directos de José Doménech. Pero al final éste ha quedado solo, sin competencia...

Algunos me han preguntado: Oye, Gene, «Pepet del jazz» dicen que no sabe música. ¿Es eso cierto? Y yo, les contesto invariablemente: *antes, no sabía*. El muchacho tenía condiciones para ser un «drummer» aceptable e ignoraba que el solfeo y la teoría son las bases primordiales de todo buen músico. ¡Cuánto error hay en los que creen que para ser un «batería» aceptable debe adquirirse simplemente el instrumento y meterse por la puerta grande en una orquesta!... Con la orquesta «Selección», Doménech ha estudiado, purificando su estilo, y ahora no abusa del constante ruido del bombo, ya que antes parecía le diese una zorra a un colchón. Con el magnífico repertorio de la orquesta, uno no puede estar tranquilo y concretarse a un monótono ritmo de a cuatro. Hace falta algo más: dominio de baquetas y pedal; gusto con las escobillas, los platos y golpes o redobles precisos con los tímpanis, que Doménech ha logrado interpretar como si de resolver se tratara el teorema de Pitágoras. Y sus *breaks* responden a la calidad del número que interpreta. Es decir, ha suprimido el «ruido», cosa tan frecuente en un «batería» mediocre.

Viendo actuar a José Doménech en el tercer piso de la orquesta, pecho a fuera y con una seriedad poco frecuente en un «drummer», entregado en cuerpo y alma a la música de jazz, hace el efecto de un maniquí perfecto que responde a las señales que los compases le van dictando.

Y dejando por breves momentos el

concepto musical de José Doménech, nadie ignora, además, principalmente los amigos, que nuestro interlocutor es un ajedrecista consumado. Pero no un ajedrecista de torneo, sino pintoresco en su manera de jugar. Yo he disfrutado de lo lindo viendo una partida de ajedrez entre Doménech y el dueño de un importante bar, refugio de muchos músicos. Una partida con «Manel» y Doménech era algo encantador—digo «era» porque de muchos días a esta parte se han suprimido las partidas por cansancio de ambos jugadores—.

La partida transcurría en un ambiente de expectación. Doménech hacía saltar el caballo de blanco a blanco con una facilidad asombrosa; el alfil cuadro blanco pasaba al negro sin darnos cuenta, como por arte de magia, y si llevaba las de perder, se hacía el «enroque» diferentes veces para salvar al rey. Era regla de escamoteo que Doménech hacía pasar por las narices del contrincante. Una partida así era un espectáculo con ilustraciones musicales, que nuestro interlocutor amenizaba con música de jazz y silbando muchas veces melodías ininteligibles. Naturalmente, al contrincante, nervioso, poco aficionado a esta clase de música y con ganas de vencerle—aunque raras veces podía—se le crispaban los nervios y la partida terminaba con un vocabulario poco frecuente, las piezas al aire y muchas veces el tablero y las mesas a punto de estropicio. Los Najdorf, Poñar y Medina resultaban pequeñitos ante tamaña demostración de facultades y el noble juego del ajedrez quedaba como el vulgar juego de la *mona*. En un par de horas, hacer diez o doce partidas era cosa frecuente;

Doménech apuntaba sus victorias como en un partido de baloncesto...

Es fácil encontrar a Doménech. Trabaja en una de las mejores y más populares barberías de nuestra ciudad y, con ganas de que me diese su pequeña opinión sobre la música de jazz, he ido dispuesto a que me hiciera un «servicio completo». Me ha recibido con su blusa blanca de «mujik» y al punto que daba con las tijeras, empezaba con mi interrogatorio:

—¿Qué opinas de la música de jazz?

—Considero que mi opinión no es tan autorizada como otras, pero sí quiero decirte que encuentro la música de jazz muy superior en ritmo y melodía a la antigua y que no admite discusión con la música clásica. Entre las dos media un abismo y representan dos conceptos musicales distintos.

—¿...?

—Me dediqué a la «batería» porque mi padre quería que estudiara música y como entonces empezaba a conocerse dicho instrumento, para que tomase más afición al estudio, cosa que, francamente, no me gustaba mucho, me compró una «batería», suponiendo que la diversidad de utensilios me agrada-
ría, y desde entonces aquí me tienes.

Vine desde mi pueblo natal, Llinás, a trabajar aquí de barbero. Se enteraron que tocaba la «batería»—a mi manera, claro está,—y empecé haciendo suplencias de Gilberto Fontdevila, que entonces actuaba en un pequeño conjunto con el maestro señor Aurelio Font. Actué después en el conjunto «Mikey's», de reciente formación, que más tarde ampliamos formando la or-

questa «Iberia», ingresando últimamente en la orquesta «Selección», que me ha valido mucho para completarme.

—¿...?

—Mi primer maestro fué un «caja» que estaba en la banda militar del Regimiento de Estella, aquí en Granollers y después, más tarde, fui una temporada con el célebre «Chispa».

—¿...?

—Como extranjero, y por haberlo oído en algunos discos, a Gene Kruppa, y de los nacionales, por descontento a «Chispa», aunque creo que actualmente se han dado a conocer muy buenos «baterías»...

He salido nuevecito de manos del «drummer-coiffeur»: cabellos, afeitar, paños calientes, loción, brillantina y no he pedido manicura ni limpiabotas porque con la barbería tan pequeñita tampoco hubieran cabido. Un arreglo completo amenizado con una conversación de música de jazz, que agradezco, acompañado de unos *breaks* en mi cara, en la hora del masaje, que Doménech no ha ahorrado. Me encontraba optimista, fresco y radiante al salir, con una cara tan nueva, que mis amigos no me saludaron, creyéndome algún forastero.

GENE

CORREO CLUB DE RITMO

Enrique Farrés (Gerona).—Por exceso de original, incluiremos su interesante artículo en el próximo número. Muy agradecidos.

Lo intermedio

Es una cosa conocida de todos el que en jazz, no existen términos medios.

Un buen aficionado a la música de jazz, cuando escuchaba una pieza, dice: Me gusta, o bien, no me gusta. El decir puede pasar, casi que es algo que no se comprende. Y aquí es donde está nuestro mal.

En cualquier otro género de música, el término medio existe. Desde la obra de los grandes maestros, hasta la última pieza, sea un chotis o bien otra obra, pasando, naturalmente, por la música de «camera», por los conciertos, etc.

En jazz no existe tal término.

O escuchamos una pieza lograda o bien no lo es.

Naturalmente que hay quien tiene predilección por un autor, arreglador o conjunto, mientras que los hay que la tienen por otros.

Ello es causa de que entre los amantes de la música de jazz haya diversidad de opiniones y además un gran vacío, entre la buena música y la que no lo es.

Reconozcamos, como digo en un principio, que ello es un mal. Si los unos transigieran con los otros, quizá no habría esta disparidad de criterios, pero también hemos de convenir que hasta la actualidad esto no es posible.

¿Cómo, por ejemplo, podremos comparar una obra de Armstrong, con otra de Paul Whiteman? ¿Una de Duke Ellington con otra de Jimmy Dorsey?... Y así sucesivamente.

En jazz no es posible. No por ello hemos de decir que las grabaciones de los segundos no se puedan oír. Nada más lejos del caso. Precisamente para demostrar que no existe este término medio, hay que escuchar a ambos.

Armstrong, Coleman, Handy, Ellington, Hampton y otros, son los maestros. Whiteman, Ambros, Lombardo, Hylton, por los de antaño, y James Miler, Prima y otros muchos que no es necesario enumerar, por los actuales.

Los primeros componen, ejecutan y arreglan de acuerdo con lo que es la verdadera música de jazz. En cambio los segundos, sin hacerlo mal, ni mucho menos, componen, ejecutan y arreglan, buscando unos efectos deslumbrantes, técnicamente —hay que reconocerlo— buenos, pero sin poner el alma en ello, como es necesario hacerlo.

Hemos podido apreciar, en lo que va de tiempo que se conoce la música de jazz en España, en que esta música ha evolucionado. Desde luego, es muy necesaria esta evolución. No hace mucho, con unos amigos, estuve escuchando las viejas grabaciones de Armstrong, Ellington, Coleman, Whiteman, Hylton y Harry Roy y en ellas se veía lo que realmente era la música de jazz en aquellos años desde 1920 hasta 1930.

Esta década fué, podemos decir, la época de oro de la música de jazz, puesto que fué cuando traslució al exterior, no quedando estancada en los diferentes estados de Norteamérica donde se cultivaba este folklore.

Ya en aquel entonces fué cuando empezó a arraigar esta falta de términos medios, y no precisamente por disparidad de criterios entre los amantes de la música de jazz, sino todo lo contrario. Porque había solamente dos sectores: el que estaba en favor y el que estaba en contra.

Actualmente, hay los amantes de los clásicos, como les podríamos llamar, y los que prefieren la música ramplona y

sin alma de ciertos compositores blancos.

Hemos de hacer la salvedad, de que no porque un autor sea de la raza blanca, ya sus obras han de ser ramplonas y sin sentido espiritual. Los hechos han probado todo lo contrario, pero también esos mismos han demostrado que por regla general, las composiciones dignas de tenerse en cuenta de éstos son, casi todas, puramente melódicas. Casi podríamos decir compuestas en un momento de tristeza del autor, en un momento en que el alma está apenada y, como es natural, la composición sale pura, sin matices superficiales que le den una forma ficticia.

Por el contrario, las obras de los maes-

tros, resultan, por lo general, agradables. Sea en el aspecto espiritual, o bien sea en el de sencillez. Nada de amalgamas. Simplicidad, ante todo. Y cuando éstas se colocan ya, en la parte que denominamos técnica, en ellas sobresale la base. Ello... aquella cosa o aquel sentido tan perfecto que le da a la estructura de la composición, por sus efectos de modulación, gusto, sentimiento y... en fin, lo que no sabemos explicar por ser cosa del espíritu, o mejor, que el autor lo lleva en el subconsciente.

Hemos de repetir nuevamente: en jazz, no existen los términos medios.

DUKE

Gerona, Abril 1947

El «Jazz» no es «Música de Baile»

Con más que alguna frecuencia escuchamos o leemos pareceres de gente profana en música —en ocasiones de diletantes y entendidos, lo que es peor—, en cuyas opiniones se refleja una especie de «bien quedar» con las familias sinfónicas y jazzística a un tiempo, diciendo de la primera que es muy buena para ser «escuchada» y de la segunda que está en su punto como trampolín para el «baile». Realmente, nada más desacertado por lo que al «jazz» se refiere. Visión estrecha y miope tienen quienes piensan así. Desconocen, por añadidura, la raigambre psicológica y fundamental del «jazz». El «por qué» del «jazz»; el «por qué» de su existencia, de su vivencial anímico. Ahondemos en las raíces emocionales del individuo, de la raza —hablamos de los negros— y notaremos que el alma tiene imperiosa necesidad de comunicar al exterior, al mundo que

le rodea, de sus anhelos más íntimos, de sus más íntimas alegrías y dolores. Por eso, hemos de fijarnos bien, cómo cuando un buen instrumentista de «jazz» improvisa en un «solo», parece como si hablara, como si «cantara» con el instrumento en vez de con la boca. El «jazz» es «algo más» que tocar lo que está escrito en el pentagrama. ¡Bien poco valdría si así fuese! El «jazz», repitémoslo, es el alma del artista aflorada en vibración melódica, en melodía viva, palpitante, emotiva. ¿Cómo hemos de creer que es tan sólo punto de apoyo para diversión y entretenimiento de parejas entrelazadas? Por nuestra parte, nunca se nos ha ocurrido ponernos a bailar escuchando las grabaciones de un Duke Ellington o de un Count Bassie. Lo consideraríamos herjía imperdonable. Por otro lado, creemos que la tristeza la podemos sentir sin necesidad de llorar, y la alegría, igualmente, puede estar con nosotros sin que forzosamente tengamos que dar saltos.

No es que vayamos a caer en un extremo vicioso, pues en honor a la verdad la melodía jazzística —al igual que la de cualquier obra, por antagónica y distante que parezca— es susceptible de interpretarse con gesto y ademán en extra-proyección de danza. Nada nuevo decimos al hablar de esta conversación en danza de cualquier trozo musical, por sinfónico que parezca o sea. Más abogamos por el «jazz», por el «buen jazz», que al ser una especie de nueva filosofía en los pentagramas de todas las latitudes, tiene una misión más alta que cumplir que la de hacer danzar a los sonos de una gramola o de una orquesta.

En otra ocasión hemos dicho y hoy reafirmamos: «Error de principio es querer discutir sobre el «jazz» partiendo de

la plataforma generalmente extendida de que el citado género es «música de baile». Nosotros iríamos mucho más lejos: el «jazz», el «verdadero jazz» es la música antípoda del baile, en la común acepción de éste. Por ser uno de los géneros musicales en que el instrumentista hace «vivir» a su melodía en una especie de «re-creación» —nueva creación—, el factor emotivo «intérprete - oyente» es más cálido y más dado a la sorpresa reaccional y, por ende, a la espontaneidad. En tales circunstancias no podemos admitir que tan alta significación estética quede relegada a «una vulgar exposición de motivos para el baile de pasatiempo».

Luis ARAQUE

Madrid, Abril 1947

El jazz es espiritual

Uno de los tópicos más comunmente empleados, por los que combaten la música de jazz, es el de que dicha música no tiene ninguna eficacia, como vehículo expresivo de los más puros sentimientos. Para ellos, el jazz es simplemente una musiquilla tolerable cuando no intenta invadir ciertos terrenos, que ellos consideran vedados para ella; música de baile y nada más.

Esto no tiene demasiada importancia, considerando que se trata de personas que se declaran, a sí mismas, refractarias a dicha música; pero la tiene, importantísima, cuando este falso concepto es compartido por otros que se titulan «buenos aficionados» y que por añadidura, por pertenecer a una entidad como la nuestra, ya deberían de pisar más firme en este terreno.

Con frecuencia, durante las sesiones

de nuestra Discoteca, he podido observar que importante número de asistentes a ellas evalúan la calidad de los discos considerando únicamente la cantidad de contorsiones y piruetas que les permitiría hacer, de disponer en aquel momento de una pareja adecuada.

Para ellos el jazz no significa más que estridencias.

Su ideal, una numerosa orquesta, a ser posible con dos o tres baterías tocando a toda presión, en un apoteosis semejante a un descarrilamiento.

Hay que reconocer, sin embargo, que la perniciosa influencia ejercida por los grandes conjuntos de moda, tales como Artie Shaw, Benny Goodman, Glenn Miller, etc., los cuales, ayudados por una propaganda hábil, han alcanzado extraordinaria popularidad, tiene en buena parte culpa de ello.

Para valorizar espiritualmente la mú-

sica de jazz, tendría que referirme única y exclusivamente a los conjuntos de color.

El jazz blanco, salvo la excepción del Quinteto Hot Club de Francia, no nos ha dado más que interpretaciones que, por su frialdad, no han conseguido atravesar nuestra epidermis. Sus arreglos son, generalmente, bien armonizados e inteligentes, pero en la interpretación no logran aquella cálida vibración característica de los músicos de color.

Para éstos, interpretar, tanto como una profesión constituye un desahogo de su espíritu; por esto, las frases de sus saxos semejan, ora una humana queja, ora un arrullo melodioso, y en el frenético ritmo del «fast» nos comunican su alegría, su gusto a la vida.

Pero es en los compases graves y solemnes del «blue», donde el jazz cobra toda su sublime belleza. Ellos os harán percibir en lo mas profundo de vuestra sensibilidad, con patético dramatismo, toda la nostalgia, toda la amargura y toda la lírica inspiración que esta raza, relegada a la servidumbre, nos comunica, valiéndose de su genuina expresión: el jazz.

* * *

Algunas de las grabaciones de nuestra Discoteca, que para este fin, me permito recomendar: «Soledad», «Mi mayor error» «Nunca te lamentos», «Blue i love to Sing», de Duke Ellington; «Brisa nocturna», «100 % tuyo» «Créalo, querida», de Fats Waller; «Sentimental», Quinteto Hot Club de Francia; «Melancholy», «Nebulosa», «Esta es mi casa», Louis Armstrong.

J. V. G.

NOTICIARIO

Empezamos la temporada de festejos los pasados días 6 y 7, fiestas de Pascua, de Resurrección. Amenizó dichas fiestas la maravillosa orquesta «Selección», con un espléndido repertorio de bailables. El domingo por la tarde hubo concierto de música seria, interpretándose las obras: «El cantar del arriero», «Doña Francisquita» y «Suite Egipcién», y por la noche, otro concierto de música sin copada, con la interpretación de algunas obras con carácter de estreno: «¡Buenas noches, señorita!» de Ray Noble; «Mar», deliciosa beguine de Gabriel Ruiz; «Chris And His Gang», de Larry Clynton; «Chopin's Polonaise»; «Boogie Blues» de Gene Kruppa, finalizando con el conocido pasodoble «María de los Angeles», de nuestro compañero Luis Pey.

De estas obras mencionaremos el arreglo sobre la Gran Polonesa en «la bemol» de Chopin. Un arreglo formidable, que la orquesta interpretó de una forma magnífica y que tuvo que repetirse a insistencia del público.

Somos enemigos de la profanación en lo que se refiere a la música clásica (en su transformación), pero placenos hacer constar que el autor de la transcripción guarda absoluto respeto a la bella Polonesa del genial músico.

Un sincero aplauso a la orquesta «Selección», que nos ofrece siempre las mejores novedades dentro de la música de jazz.

El pasado día 13, en sesión de tarde y noche, actuó la orquesta «Iberia», esperada con interés por nuestros socios, y placenos hacer constar que dicha actuación no defraudó el interés y simpatía que se les había otorgado. Números de actualidad fueron interpretados por la orquesta, algunos de ellos de excelente calidad y que fueron muy aplaudidos.

Un buen principio de temporada, pues, para nuestro Club. Olvidamos decir que cada una de dichas orquestas ha cuidado de una nueva y elegante presentación.

—Para el próximo mes de Mayo actuarán: día 4, orquesta «Selección»; 11, «Iberia»; 15, (fiesta de la Ascención) y 18, «Selección» y días 25 y 26 (Pascua de Pentecostés), orquesta «Fantasio», con la vocalista Dalia Verade.

—Ha reaparecido la revista ilustrada de jazz «Ritmo y Melodía», completamente reformada.

Celebramos su reaparición y señalamos con gusto que dicha revista ha ganado en calidad y en colaboración. Pueden leerse en ella magníficos artículos de Yannick Bruynoghe y de Néstor R. Ortiz Oderigo—corresponsales de dicha revista en Bélgica y Buenos Aires respectivamente—como asimismo las ya conocidas e interesantes firmas de Alfredo Papo, Antonio Tendes, Pedro Andreu, etc. que dan a «Ritmo y Melodía» el verdadero carácter de revista de jazz, que tanto necesitábamos.

Ilustran dicha revista fotografías de Louis Armstrong, Jack Teagarden y Marian Anderson, que completan así las habituales secciones ya conocidas.

Felicitemos a director y colaboradores por esa brillante reaparición

—El pasado domingo, día 20, fueron muchos los aficionados que se trasladaron al Casino de La Garriga, para oír las actuaciones del quinteto de George Johnson y del excelente conjunto «amateur» «Lirio Campestre», cuyas interpretaciones son aún recordadas por nuestros socios, el primero de ellos en nuestro Club y el segundo en el festival celebrado en el Cine Coliseum.

—**Rectificación.** — Nuestro compañero «Duke» nos recomienda hagamos constar, que en su anterior artículo sobre Benny Goodman, y al final del mismo, recomendaba sus discos «con» moderación y no «por su moderación como compuso el cajista. ¡Aclarado, «Duke»!

Movimiento de Socios

Capítulo de Altas y Bajas
Meses Febrero y Marzo

ALTAS - SOLTEROS

Juan Pérez Vizcaino, Jaime Gelpí Montasell, José García Gutiérrez, Jaime Vilalonga Tena, Juan Bosch Galvany, Eduardo Barbany Pujol, Fernando Batañer Padrós, Marcelino Font Grau, Segismundo Colomer Soler, Héctor Mestres Millán, Antonio Pérez de la Hoz, Rafael Boluda Celdrán, José López Tullell, Juan Gómez Bernabeu, Salvador Torras Reverter, Antonio Casajuan Rubio, José Costa Cladellas, José Cortés Bufí, Juan

Torras Vila, Antonio Seco Nieto, Juan Bufí Mateo, Miguel Pujadas Casas, Manuel Mumany Coll.

CASADOS

José Grau Balet, Juan Marqués Saló, Antonio Muntal Blancher, Antonio Vallcorba Bonet, José Tasies Domenjó, Manuel Lavall Roig.

BAJAS-SOLTEROS

Voluntaria: Pedro Tuset Santacreu, Andrés Dalmau, Salvador Saperas, Francisco Cullell, Antonio Armengol, Rafael Terns.

CASADOS

Voluntarias: Juan Palau, Miguel Clusellas.

Nota: Por falta de espacio, en el próximo número incluiremos relación de los poseedores de "mesas reservadas" para toda la temporada de festejos, cuyo sorteo se efectuó el día 30 de Marzo pasado.

Imp. Garroli-Clave, 26. Telef. 6.

